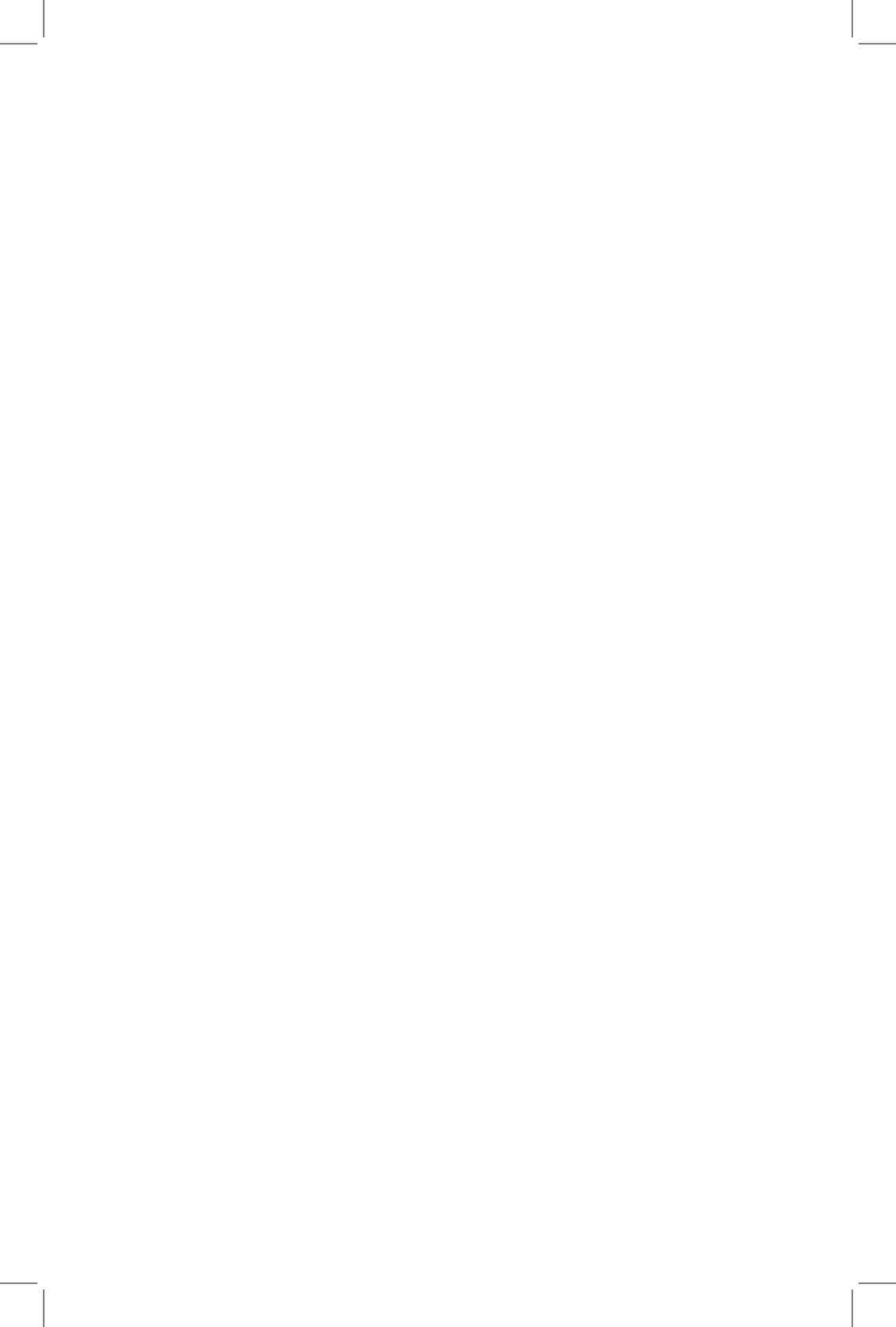




Tríptico de Granola



COLECCIÓN
ESCRITURAS

JOSÉ MIGUEL MARTÍNEZ

TRÍPTICO DE GRANOLA

[Tres
puntos]
• • •

Tríptico de Granola
© José Miguel Martínez, 2019
© Tres Puntos Ediciones, 2019
Derechos exclusivos para todos los
territorios de lengua castellana
Calle Felipe IV 3, 3ª izquierda. Madrid 28014
www.trespuntosediciones.es
hola@trespuntosediciones.es
Depósito Legal: M-8606-2020
ISBN: 978-84-17348-16-8

Diseño y diagramación: Catalina Luz Marchant V.
Imagen de portada: Diego Daly
Impreso en España/*Printed in Spain*
Primera edición: abril de 2020

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin
autorización previa del editor.

A mi hijo, Santos Martínez B.



«Pero vive y verás
el monstruo que eres con benevolencia».

Enrique Lihn



Prólogo

Escribo este cuaderno con dos propósitos, no tan disímiles el uno del otro: el primero, como una forma de dejar registro de una larga y agotadora investigación. El segundo, para entenderme a mí mismo a través del personaje investigado. Creo firmemente, y así lo declaro aquí, que mi vida es un espejo de la vida de Granola.

Pienso que muchas de las voces entrevistadas mienten o exageran los detalles: esto no importa, puesto que todo en la vida del gordo Granola tiende a la exageración. Francamente, yo no sé si me duela que nunca lo hayan atrapado. Me gusta pensar que si bien su destino debiese haber sido pudrirse por largos años en una cárcel de regiones, su soledad en la vejez tendía a asimilarse al estado de dicha cárcel. Digo esto pues, como espejos, considero que mi propia vida no dista mucho de tal afirmación.

Decidí llevar este cuaderno de entrevistas después de mi primer y último duelo con él. En su momento, fue una noticia escandalosa: «Delincuente balea a detective de la Policía de Investigaciones en pleno estacionamiento de la Estación Mapocho». Cuando me encontraron en ese descampado, ensangrentado y moribundo, supe de inmediato que jamás volvería a mi vida convencional; en la

ambulancia, mientras me inyectaban morfina, entendí vaga, difusamente, que mi rol como detective iba a dar un vuelco radical.

Desde la silla de ruedas, todavía con el dolor de la bala en mi espina dorsal, realicé todas estas entrevistas, con el afán de no perder el hilo de la investigación de una vida entera, y, a pesar de no contar con el respaldo oficial de la PDI, más concretamente debido a mi jubilación prematura *por salud*, perseveraré. Un hombre caído no puede hacer otra cosa: o persevera, o se pega un tiro en la sien. No hay punto medio.

Hubo favores que tuve que cobrar a viejos conocidos para llegar a los sujetos en cuestión. En general, no tuve problemas con los entrevistados. Solo uno se negó a hablar conmigo en un principio, al enterarse de mi pasado como detective. Para los delincuentes, y específicamente para los delincuentes de la banda de Cavagnaro, no hay nada peor que un soplón. Le tuve que explayar en distintas ocasiones que ya no estaba con la PDI, que mi interés no iba por ese lado. Al chico Leni, el delincuente renuente a hablar, lo pillé, a pesar de todo, en buen momento, algunos años antes de su muerte; si accedió, en definitiva, a dar la entrevista, probablemente se debió a que estaba pasando por una etapa de ebriedad y remordimientos, y necesitaba descargar su conciencia. Lo mismo podría aplicarse, quizás, a Mara, la enfermera amiga de Camila: sentí en su voz, aun cuando no lo dijera explícitamente, la culpa que tiene alguien que podría haber hecho más. La señora Marta Canihuante tuvo la mejor de las disposiciones para ser entrevistada, y quizás el único problema que tuve fue

el de editar el material de su entrevista, que resultó muy extenso. En cuanto a Lucas —a quien conocí la misma tarde del incidente de la Estación Mapocho, cuando horas antes había sido arrestado y a mí me tocó llevar su interrogatorio, una interpelación tensa y explosiva que él recordaba con algo de rabia a pesar de los años transcurridos—, puedo decir que fue el sujeto del que saqué más provecho en cuanto a información. Lucas no quería entrar en detalles respecto de los negocios de su tío, de manera que la entrevista orgánicamente se enfocó en la arista familiar. En esa misma senda, considero que la mejor entrevista, si bien breve, fue la que tuve con Giuseppe.

No he editado mucho el resultado de algunas en particular, para así mantener el tono informal con que se dieron, casi como conversaciones en un café del centro, o en el bar de la esquina de un barrio; no obstante, he tratado de dar un cierto orden cronológico a la narración —desordenada por naturaleza debido al flujo disímil de los recuerdos. El orden de los relatos no ha sido supeditado al nombre de los entrevistados, sino a las tres distintas etapas etarias que se narran de la vida de Granola. En un afán creativo, si se quiere, yo mismo inventé los títulos. Me pareció en afinidad con el oficio de Granola. Decidí, además, restarme de la narración, dejar que las voces hablaran por sí solas. Quizás debido a esto, exista una cierta tendencia a la segunda persona en algunas de las entrevistas. No obstante, en todas decidí mantener las fugas personales que se daban respecto de los demonios propios que, de forma indirecta, cada sujeto entrevistado daba a entrever.

Por mi parte, si bien sé que nunca pude arrestar a Granola, al menos me quedo con la certeza de que al

terminar de editar este cuaderno dejo para el público una forma de legado personal, una suerte de perfil íntimo de uno de los grandes criminales de la historia de nuestro país, el cual, como ya mencioné antes, funciona como un espejo de mi propio perfil. Conocí a Granola personalmente esa tarde encapotada, ennegrecida, a punto de llover, minutos antes de ser vencido en un duelo de revólveres, en la llanura que hay detrás de la Estación Mapocho. Tuve la oportunidad de conversar cara a cara con él, fumando cigarros y tomando café. Toda mi vida lo estuve buscando, persiguiendo como una obsesión oscura. Tenía que arrestarlo, hacerlo caer. Pero, en ese momento, en esa conversación, me di cuenta de algo terrible: que él y yo nos parecíamos bastante, mucho más de lo que yo estaba dispuesto a reconocer. Y en otras circunstancias, quizás podríamos haber llegado a ser amigos. Es cierto: lo considero un ser animalesco, un fenómeno de la naturaleza, pero no un tipo de cabeza refractaria; por ello, a pesar de que no apruebo su estilo de vida ni sus métodos, tampoco puedo negar nuestras similitudes. Nos tocó estar en lados distintos de la misma moneda. Bien lo dijo Simenon en *Pietr, el Letón*, la primera novela del inspector Maigret:

Sería quizás exagerado afirmar que, en muchas investigaciones, se establecen relaciones cordiales entre la policía y aquel al que debe acorralarse para que confiese.

Pero casi siempre, a menos que se trate de un ser obtusamente brutal, se crea una especie de intimididad. Sin duda por el hecho de que durante semanas,

a veces meses, policía y delincuente solo se preocupan el uno del otro.

El investigador se empeña en explorar el pasado del culpable, trata de reconstruir sus pensamientos, de prever sus menores reacciones.

Ambos se juegan la piel. Y cuando se encuentran, es en circunstancias lo bastante dramáticas para derretir la indiferencia cortés que, en la vida diaria, preside las relaciones humanas.

Hay inspectores que, tras detener a costa de grandes esfuerzos a un malhechor, le toman afecto, van a verlo a la cárcel, le apoyan moralmente hasta el patíbulo.

Si bien nunca pude llevar al gordo Granola hasta la cárcel, mucho menos al patíbulo, considero que tal vínculo entre él y yo se formó esa tarde en la Estación Mapocho, fumando cigarros, tomando café, agarrándonos a balazos. Me duele, a fin de cuentas, que a sabiendas de que sobreviví esa tarde —asumo que Granola lo sabía—, nunca haya decidido contactarme o visitarme. No hay día que pase, desde ese incidente, en que no piense en él; no hay día que pase en que no lea algunos pasajes de este cuaderno. Si los últimos años de mi vida, abocados a esta tarea, fueron fructíferos o en vano, eso quedará a criterio del lector.

Gustavo Bernal
Detective en retiro
Policía de Investigaciones (PDI)

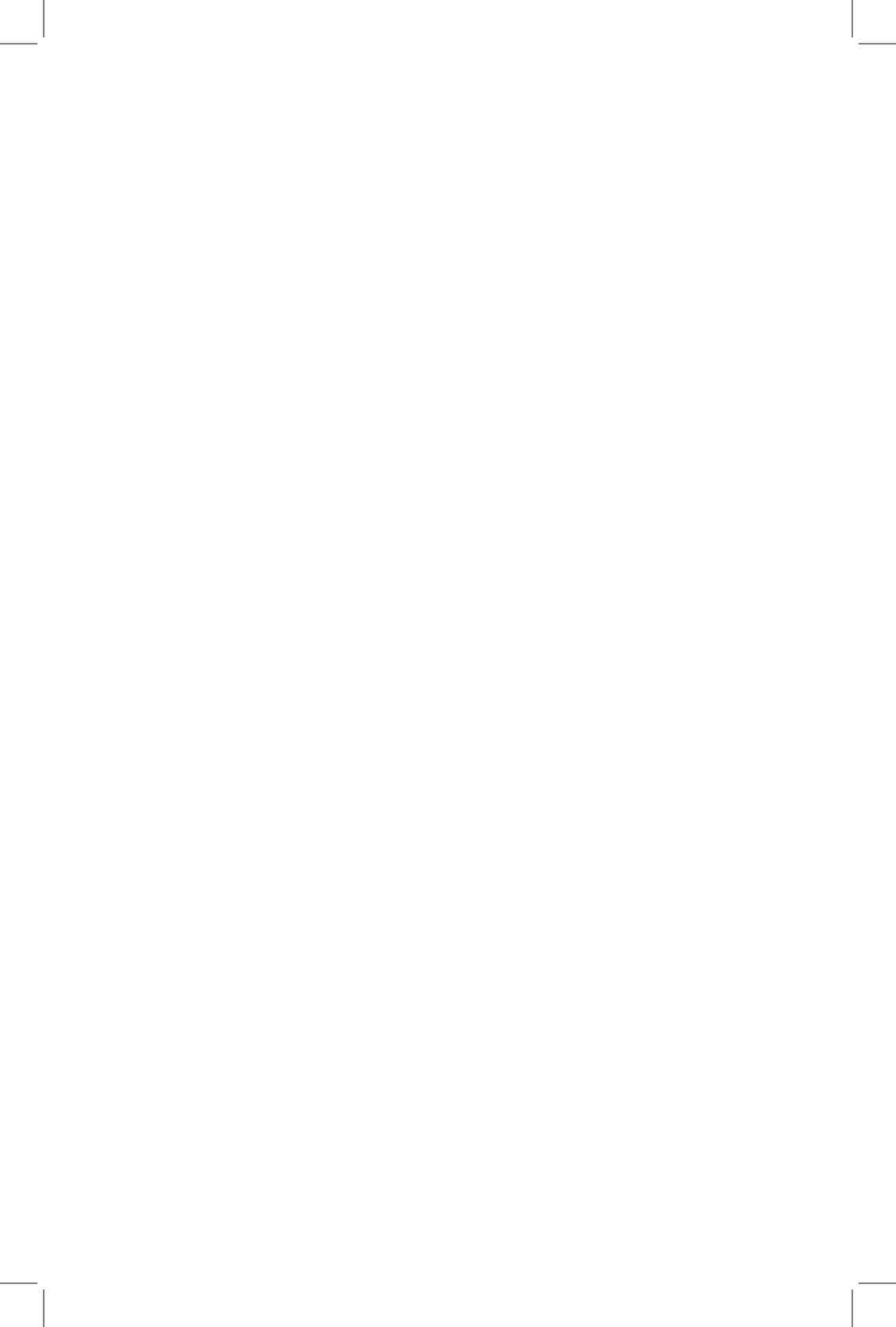


UNA GENEALOGÍA



«I don't know too much about my daddy
except he shot a man, five minutes
after I was born».

Johnny Suede (1991)



Primera parte

1

Mi tío era huacho.

Hace algunos años, conversando sobre la ausencia de mi propio padre, él compartió conmigo su experiencia, y la información que pudo recabar de sus investigaciones sobre su origen. Me dijo que su padre era hijo de italianos: el padre de su padre llegó de Italia a mediados de la segunda década del siglo XX. Decían que venía huyendo de Granaiola, un pueblito del Bagni di Lucca, en la Toscana. De qué, no se sabe exactamente: por ahí, según mi tío, se comentaba que el viejo había matado a un cura.

Decían que quería irse a Argentina, que tenía conocidos allí, pero como no hablaba español, se subió al barco equivocado. Llegó al puerto de Valparaíso en 1915. Dice mi tío que el apellido viene de ahí: cuando tuvo que inscribirse en el registro civil, el padre de su padre se cambió el apellido y dio el nombre del pueblo. Giovanni Granaiola, dijo el viejo. Supongo que como muchos inmigrantes, buscaba empezar de nuevo. Pero el oficial del registro civil anotó literalmente lo que escuchó, y el apellido quedó entonces así: Granola.

Después de algunos años de vagancia, se le presentaron dos opciones a Giovanni Granola: irse al norte, a trabajar en los últimos vestigios de la industria del salitre, o irse al sur, a aportar en la fundación de un pueblito de italianos en plena Araucanía: Capitán Battista. Giovanni Granola, que no tenía intenciones de trabajarle un peso a nadie, no tuvo muchos problemas en elegir la segunda opción.

Hoy en día, Capitán Battista es un asentamiento rodeado de bosques, cruzado por un río, con antiguas casas de madera y un ritmo de vida tranquilo. Pero en ese entonces, en las primeras décadas del siglo XX, los alrededores de Capitán Battista eran pura montaña, quebradas boscosas, sin casas, sin tierras para sembrar. El pueblo fue fruto del esfuerzo y el trabajo de unas ochenta familias de colonos italianos. No todos lo lograron. Algunos regresaron, otros emigraron a Argentina, la mayoría se quedó; entre ellos, Giovanni Granola, quien salió adelante gracias a la emergente actividad taladora.

En un comienzo no había ni una casa, ningún pueblo, nada. Pero el gobierno chileno quería colonizar el sur, y ahí apareció Giorgio Cavagnaro, un negociante de veinticinco años que vivía en Chile hacía bastante tiempo y viajaba a Italia esporádicamente. Junto a Alberto, su hermano menor, fundó una sociedad —la *Nuova Italia, Hermanos Cavagnaro y Compañía*— para llegar a un acuerdo con el gobierno chileno: el Estado les daría una cantidad determinada de hectáreas si es que ellos traían a cien familias

de agricultores italianos. Así comenzaron a recolectar colonos: fueron a zonas campesinas, de gente muy pobre, con poca educación, que quisiera escapar del hambre en Italia; les costó mucho conseguir personas que quisieran venirse. Aquellos que emprendieron el viaje, en 1924, se encontraron con cerros y bosques impenetrables, y con algunas precarias barracas pagadas por el gobierno a modo de alojamiento provisorio. Ese sector, por las penurias y dificultades que sufrieron talando y construyendo el primer asentamiento, hasta el día de hoy es conocido como Monte Calvario. Un año después, en marzo de 1925, se dictó el acta de fundación del pueblo en su actual ubicación.

A Capitán Battista llegó gente que hablaba distintos dialectos —a veces, cuando un poblado era separado por un río, esa división causaba que se hablara con otro acento, por la cantidad de tiempo que pasaban sin comunicarse. Giorgio Cavagnaro fue un punto de unión para esos colonos. Quizás por necesidad, el hombre conocía los dialectos: esto, sumado a la gran cantidad de territorio que poseía, lo convirtió rápidamente en el líder de facto del pueblo. Pero lo que Cavagnaro no sabía era que encontraría un rival en Giovanni Granola.

Casi todos los italianos provenían de una misma región, la provincia de Módena, al norte de Italia. También llegaron de Guiglia, Zocca, Montecorone. Giovanni Granola, de la Toscana, era distinto al resto: tenía un cierto sentido de la pillería que los demás, trabajadores honestos, no poseían. Giovanni tenía labia y astucia, dos características necesarias para un sobreviviente. Antes de la fundación de Capitán Battista, de no ser por Lumaco, que

había sido fundado unos pocos años antes, y de Traiguén, que también estaba cerca, había muy pocos habitantes en la zona, y los pocos que había generalmente eran prófugos de la justicia, gente que había cometido delitos y que se internaban en esa cordillera para que no los pillaran. Giovanni Granola no tardó en encontrarlos y entablar relaciones con estas personas que, bajo la condición de una cierta cantidad de botellas de vino a la semana, se pusieron bajo su servicio.

3

De Giovanni Granola se decían muchas cosas: que había asaltado un tren de carga de la línea proyectada por Gustave Verniory de Victoria a Temuco. Que siempre hablaba de asaltar otro pero que nunca se decidió a hacerlo. Que alguna vez creyó en Dios, pero luego no. Que por las noches fumaba tabaco envuelto en hojas de maíz, pero por el día lo evitaba —decía que le producía asma. Que en compañía suya, las gotas de la lluvia se sentían más filosas, y las nubes de los días encapotados parecían tan cerradas, que eran como las olas difusas de un mar gris por sobre las cabezas. Que alguna vez mató a un cura en plena confesión. Que el cura no era su única víctima (ni la primera ni la última). Que para sus negocios usaba por lo menos cuatro nombres distintos, uno de los cuales era Fabrizio Bancalari, y que ese apodo podría haber sido su nombre verdadero, o por lo menos su segundo nombre y segundo apellido verdaderos. Que dormía con

un revólver Colt Single Action Army bajo la almohada. Que, a pesar de todo, creía en el amor.

Nunca sabremos si estas cosas eran ciertas o no.

La única certeza que tengo de mi bisabuelo es que hacia el final de su vida se había convertido en un hombre al que ya nada le importaba. Hay una imagen precisa de él en el diario de uno de sus trabajadores. Minutos antes de morir en un enfrentamiento con la banda de Giorgio Cavagnaro —casi veinte años de disputa silenciosa con él lo habían llevado a esto—, se le describe sentado en un escritorio empujando la botella. El licor le corría por las comisuras, bajando pegajoso hasta el cuello. No le importaba, decía el trabajador en su diario: si estaba condenado a ser el segundón en el pueblo, entonces nada le importaba. Y esa maldición, la de ser eternamente el segundo en la cadena, era algo espeso que corría por la sangre familiar de los Granola.

4

En marzo de 1943, Giovanni Granola engendró a Ángelo Granola. Digo engendró porque, al igual que mi tío con su padre, este nunca fue reconocido. El nombre, de hecho, se lo puso la madre, Carlotta Castello, hija del panadero local, que en ese entonces tenía catorce años. Y si Ángelo no fue reconocido, esto se debe a que ni siquiera alcanzó a conocer a su padre: Giovanni Granola fue acribillado en las calles enlodadas del pueblo dos horas después de que él hubiera nacido.

Ángelo podría haber sido el heredero de una empresa taladora más o menos consolidada, pero como el padre no alcanzó a conocer al hijo, y, por ende, a reconocerlo, el hijo empezó de abajo al igual que todos (los trabajos de tala de Giovanni fueron adquiridos, a la fuerza, por Giorgio Cavagnaro). Aun así, la madre le puso el apellido del padre, Granola, y siempre le contó historias de Giovanni, algunas idealizadas, exageradas, por supuesto, otras verídicas, según mi tío pudo comprobar por boca de otros viejos del pueblo.

De acuerdo a lo que me contó mi tío, de Giovanni, decía la madre, Ángelo heredó tres cosas: un profundo amor por la comida —el viejo Giovanni siempre era descrito usando los mismos epítetos: robusto y orondo—, un retorcido sentido existencial de haber nacido para grandes cosas, y un revólver Colt Single Action Army, que Giovanni guardaba todas las noches bajo la almohada. Este revólver fue recuperado por Carlotta, el mismo día de la muerte de Giovanni. A mi tío la escena se la describieron así: todavía con los muslos sangrantes, todavía con la ropa con que había dado a luz, una enagua y una blusa amarillenta y sudada, Carlotta corría descalza por la calle principal de Capitán Battista a abrazar el cadáver de Giovanni, que miraba al cielo con una mueca insatisfecha: los ojos, sin vida, afligidos, los labios gruesos ladeados en una expresión de deshonra, de haber fallado su cometido. De su mano recogió Carlotta el revólver helado, embarrado, y con el arma colgando flojamente de una mano volvió caminando, tambaleándose, hacia la

casa del panadero. Dice mi tío, según decían los viejos que le contaron esta historia, que cuando Giorgio Cavagnaro la vio pasar, Carlotta le pegó una mirada asesina —labios apretados, ojos entornados, inyectados en sangre por el parto—, mientras él, imperturbable, se fumaba un puro, balanceándose en una silla mecedora en pleno pórtico de su propiedad, rodeado de sus trabajadores y colaboradores, que vendría siendo lo mismo que decir: rodeado por más de la mitad del pueblo de Capitán Battista.

5

Ángelo creció subversivo e inconformista. Lleno de una energía que en realidad era rabia interna, alimentada por los comentarios de Carlotta contra los Cavagnaro, fue preparando pacientemente el camino, mi tío no supo decirme si de forma consciente o inconsciente.

Primero se acercó al hermano menor de Giorgio, Alberto Cavagnaro, capataz, y consiguió trabajo en una de sus empresas. En ese tiempo, el pueblo todavía estaba en constante crecimiento, y necesitaba de carpinteros. Por ello, el primer trabajo que realizó Ángelo Granola para los Cavagnaro fue el de maestro carpintero. La cuadrilla de Ángelo levantó, a pulso, varios edificios históricos que hoy en día siguen en pie, como son el molino, la fábrica de embutidos, el almacén (actual centro cultural), el gran hotel y el burdel del pueblo, escondido bajo la fachada de un bar.

Alberto no tardó en fijarse en el entusiasmo e iniciativa del joven Ángelo. Si bien sabía de quién era hijo,

en público se veía que tenía mala relación con la madre —siempre estaban gritándose. Para Alberto, Ángelo era un muchacho bastante avisado que había que mantener ocupado, y, sobre todo, agradecido de los Cavagnaro. Le dio, entonces, otros empleos, aparte del de carpintero: le encargó a su cuadrilla echar abajo algunos bosques, y también la faena de despalar, que consistía en apilar troncos y palos, de bosques cortados, dejando unos surcos para poder sembrar. De vez en cuando se encendía fuego a esas maderas, para luego esparcir trigo que, eventualmente, germinaba entre las cenizas. Pasado el tiempo, y luego de tres siembras, comenzaba a formarse una capa de tierra de unos veinte centímetros —lo demás era puro cascajo. Fue gracias a este esfuerzo de la cuadrilla de Ángelo Granola, que hoy en día los alrededores del pueblo poseen una gran riqueza agrícola.

En primera instancia, la sociedad de los Cavagnaro se comprometió a pagarles con animales: les pasaban ganado y semillas. También les daban embutidos. A veces, Giorgio Cavagnaro se paseaba por los terrenos, junto a su hermano Alberto, supervisando los trabajos, y miraba desde lejos a las cuadrillas de hombres que, a torso desnudo, a puro golpe de hacha y corvina, echaban abajo los bosques nativos. Ángelo, en esas circunstancias, no dejaba de trabajar, y, moviendo el hacha rítmicamente, miraba de reojo a esa figura alta, delgada pero imponente, apoyada en un bastón de empuñadura de plata y coronada por un enorme mostacho imperial en la cara arrugada y una boina café, ladeada, sobre la cabeza.

6

Fue un día de verano que Ángelo Granola habló por primera vez con Giorgio Cavagnaro.

Su cuadrilla se encontraba trabajando en la preparación de un terraplén, necesario para las tierras más irregulares —la geografía de Capitán Battista no presentaba ningún terreno plano donde construir parcelas en expansión. Ángelo estaba botando el último árbol; dicen que el viejo Giorgio se paró enfrente de él, cubriéndolo con la sombra de su cuerpo, pero que Ángelo no se inmutó sino hasta que fue llamado por su nombre, su nombre completo: Ángelo Granola Castello. Las manos llenas de callosidades de Ángelo apretaron el hacha, los ojos se levantaron hasta la cara oscurecida por la boina café. Camina conmigo, le dijo Giorgio Cavagnaro, y Ángelo, después de apoyar suavemente el hacha en la base del árbol, lo siguió. Y así fue cómo los vieron los viejos de la cuadrilla: caminando con templanza en dirección a una colina del terreno, luego de pie, estampados contra el cielo azul, Cavagnaro con una mano sobre el hombro de Ángelo, la otra con el bastón alzado, apuntando a algo, no se sabe qué, quizás al horizonte, quizás al cielo, quizás al pueblo de Capitán Battista.

De esa conversación, nadie sabe exactamente qué se dijo. Se intuyen cosas, se asumen otras, nadie tiene la certeza de las palabras proferidas. Ángelo nunca reveló nada. De lo que se dice que se dijo: que Cavagnaro lo habría amenazado sutilmente. O no amenazado, pero amedrentado, mostrándole su poderío en propiedades —he ahí el

bastón alzado. Otros dicen que Cavagnaro, secretamente, le había agarrado cariño a Ángelo; Cavagnaro, en ese tiempo, no tenía descendencia, por lo que solía buscar figuras jóvenes sobre las cuales proyectar su afecto e impartir su conocimiento. Otros dicen, pero así como de pasada, que Cavagnaro le habló de su padre, Giovanni Granola, y le dijo que lo pasado entre su padre y él no había sido nada personal, solo negocios. Y hay otros más que dicen que Cavagnaro le habría hablado del amor, del amor y la familia, y del trabajo, del trabajo que dignifica, y de toda esa mierda sobre el esfuerzo de los italianos del norte.

En fin. Nadie sabe exactamente de qué hablaron; lo que sí se sabe es que cuando Giorgio Cavagnaro y Ángelo Granola bajaron de esa colina, ambos bajaron riendo a carcajada limpia, palmoteándose las espaldas, como si fueran viejos amigos. Luego Cavagnaro tomó en sus manos el hacha de Ángelo, sintiendo el peso, y lanzó el hachazo definitivo, que mandó abajo el último árbol que quedaba en pie en ese paño de terreno. Y pasándole el hacha a Ángelo, cuentan los viejos, le dijo en voz alta, como para que todos oyeran: nuestra alma melancólica, muchacho, cae con este árbol.

7

En la década del sesenta, Ángelo Granola fue ascendido de peón de construcción a capataz de una cuadrilla de agricultores. En ese tiempo, Ángelo ya había cumplido los veinte años, y su relación con la madre se había

deteriorado considerablemente. Esto por dos razones: por un lado, la madre era muy celosa de su hijo, y el joven Ángelo tenía fama de mujeriego en el pueblo. No solo era popular entre las muchachas de su edad; también había rumores de que se había metido con algunas mujeres casadas. Carlotta Castello sufría ataques de ira ante cada rumor: era normal ver a Carlotta cacheteando a Ángelo en plena calle principal, a grito pelado, o sacándolo a escobazos de la panadería. Por otro lado, la amistad entre su hijo y Giorgio Cavagnaro era vista con malos ojos por la madre. Recordemos que él había crecido con ella hablándole pestes de Cavagnaro, por lo que no entendía cómo era que Ángelo había terminado trabajando para el asesino de Giovanni. Pero esto tenía una explicación lógica: Ángelo, quizás por rebeldía, tendía a hacer lo contrario de lo que su madre predicaba. Además, ya lo he mencionado, Ángelo había heredado una cierta sed de poder por parte de su padre, por lo que su cercanía con Cavagnaro era, a lo menos, conveniente para él.

Fue un par de años después que Ángelo Granola conoció a mi nona.

Camilla Castagnoli era hija de Servino Castagnoli, un terrateniente que, se decía, habría sido otra posible competencia para Cavagnaro. Digo habría, porque Servino Castagnoli tuvo un destino similar al de Giovanni Granola: murió, junto con sus caballos, en el establo de su rancho, carbonizado en un incendio de causas misteriosas. Los doce hijos e hijas de Servino quedaron a la deriva, unos pocos —los más jóvenes— permanecieron en el pueblo, la mayoría emigró a Argentina. Los que se quedaron tuvieron

que valérselas por sí mismos. Es por eso que mi nona, apenas tuvo su primera regla, se hizo puta. Tenía trece años.

Pero todavía falta, antes de que le cuente sobre la concepción de mi tío, una parte elemental de la historia de Giorgio Cavagnaro con Ángel Granola.

8

En un par de años pasan muchas cosas.

Entre comienzos de 1965 y finales de 1966, a más de treinta años de la fundación del pueblo, vino una época en que se comenzó a plantar a gran escala debido a empresas que llegaron bajo el alero de Giorgio Cavagnaro. No era fácil sembrar en Capitán Battista porque todo estaba lleno de troncos y, como se sembraba con bueyes, era normal encontrarse con una enorme cantidad de palos que obstaculizaban el camino. Pero se sembraba —los bueyes en esta zona eran famosos por estar acostumbrados a retroceder: caminaban unos metros, se encontraban con palos, y rápidamente reculaban.

Fue en 1966 cuando Giorgio Cavagnaro le pagó a un fotógrafo de la capital para que fuera a dar testimonio del progreso de Capitán Battista. Esta época, de bonanza según mi tío, se define mediante esas imágenes: praderas manchadas de amarillo, por el trigo; praderas manchadas de verde, por distintos tipos de vegetales (en ambas imágenes no se ven los colores, porque las imágenes son en blanco y negro, pero se intuyen, porque se alcanzan a distinguir las texturas de las plantaciones); gorriones en

los cables, anunciando las primeras lluvias, treiles armando nidos en terraplenes de pasto húmedo, construidos en los años previos por la cuadrilla de Ángel Granola; luego, los mismos gorriones y los mismos treiles volando, como manchas negras y borrosas sobre el cielo, asustadas por el humo de la locomotora, que llega al pueblo en la línea del tren recién construida (en el pie de foto hay una frase de Giorgio Cavagnaro: *hay que amar a la locomotora como a un gran animal doméstico, amar sus resoplidos, sus nubes de vapor, la lluvia de hollín con que bautiza cada estación*); y sobre los durmientes de la línea, a lo lejos, bueyes sobre una colina, dos tercios de la imagen son los rieles y pura tierra, un tercio es una estrecha franja de cielo sobre la cual se ve la llegada de los bueyes —era imposible llegar por la falda del cerro, era preciso llegar de arriba y desde allí ir a buscar los fardos—; y luego, los mismos fardos sobre el lomo de otros bueyes, cargados para ser llevados a la trilla, y diecisiete yuntas de bueyes, bajo la lluvia, cargando a su vez un motor estacionario traído por una empresa agrícola (la imagen es vívida, se puede sentir el olor a buey mojado, que el viento lleva desde las parcelas hasta el pueblo); por la calle principal de Capitán Battista, todavía de tierra, Giorgio Cavagnaro pasea en citroneta, y los viejos atrás, en segundo plano, sentados fuera del bar —el único bar del pueblo, la Cantina Castagnoli, que conserva el apellido de su difunto dueño y de noche hace de burdel— comentan a susurros que el viejo Cavagnaro ha cambiado el caballo por un auto; y los parroquianos, dentro del bar, rodean impresionados a un representante

de la principal empresa agrícola que ha traído nuevos discos para el Wurlitzer: rancheras mexicanas y rock n' roll de la década pasada.

Ese año, 1966, fue un gran año para Giorgio Cavagnaro: hizo nuevos socios, con lo que su empresa —que tenía el mismo nombre desde que fue instaurada: *Nuova Italia, Hermanos Cavagnaro y Compañía*— dio un salto en cuanto a escala de producción; gran parte de las hectáreas que él poseía, y que solían ser bosques impenetrables, fueron barridas por sus cuadrillas de trabajo y estaban listas para ser plantadas; salió en un artículo de una importante revista de caballeros y empresarios en la capital, donde también se publicaron las fotos ya mencionadas; y por último, y no menos importante, Giorgio Cavagnaro dejó embarazada a Bianca Venturelli, una joven sirvienta que hacía la limpieza en su hacienda principal, y con esto el viejo pudo, por fin, obtener un heredero de sangre a su fortuna. Cavagnaro siempre creyó ser estéril, porque nunca había podido embarazarse a su mujer, pero, apenas supo la noticia, la mandó de vuelta a Italia, y empezó a tramitar con la iglesia la nulidad de su matrimonio, para poder casarse con Bianca.

9

La llegada de las grandes empresas provocó el fin de una era en Capitán Battista. Muchas personas se vieron obligadas a vender sus campos, amilanados por campañas de matonaje por parte de las madereras. Las familias solo

veían un responsable en todo esto: Giorgio Cavagnaro. Pero el poder de Cavagnaro era tal, que la rabia de la población solo se manifestaba en una forma de indignación sumisa.

El nacimiento de Constantino Cavagnaro Venturelli solo acrecentó la tensión. Las familias históricas de Capitán Battista veían con malos ojos el gesto que había tenido Giorgio Cavagnaro con su mujer, al haberla enviado tan burdamente a Italia. Esto, sumado a la llegada de su heredero, generó un cambio en la actitud de Giorgio Cavagnaro para con estas familias. El viejo Cavagnaro se volvió reticente, enojón, paranoico; creía que todos querían robarle o aprovecharse de él. Se puso mañoso, brutal, mano dura. El bigote imperial, que durante años conservó un magnífico tono negro azabache, empezaba a mostrar sus canas.

Ángelo Granola se aprovechó de esta situación. Mi tío me cuenta que, según decían los más cercanos, Ángelo hizo un trabajo de relojería para fidelizar a las familias que estaban teniendo problemas con los negocios del viejo Cavagnaro. Uno a uno fue visitando a los páter familias: primero llegaba con alguna ofrenda —alguna cecina fina, algún licor de amaretto—, luego escuchaba respetuosamente sus inquietudes, y, por último, después de un par de horas de grata conversación, tiraba la bomba: ¿y si nos deshiciéramos de Giorgio Cavagnaro? Ángelo era un pillo —estaba en la sangre—, tenía labia, y tenía la ambición. Cuando un páter familia se asustaba ante la propuesta, Ángelo dejaba la conversación hasta ahí, y se retiraba riendo, como si todo hubiera sido una gran broma. Pero dos